

VAGABUNDOS DE IDENTIDAD

RAÚL MAGALLÓN ROSA

Que el mundo se haya vuelto más pequeño hace que, cada vez más, nos empecemos a preocupar tanto por el de al lado como por nosotros mismos. Como respuesta a este fenómeno acudamos a Greimas, quien afirmará: “En la frontera está la salvación...” Asimismo, la idea de frontera ha adquirido en la sociedad actual un estatus que sobrepasa su propia definición. Vemos fronteras donde hay límites, y vemos límites donde sólo hay fronteras. En este sentido, es necesario “visitar” inmediatamente a O’Donnell (2000: 116), para quien “creer en un mundo dividido es crear un mundo dividido. Si al final aprendemos la lección de Colón, que uno alcanza el Este yendo al Oeste, tendremos posibilidad de hacer un mundo más interesante y apto para la convivencia”. De esta forma, somos conscientes de que el mundo es asimétricamente interdependiente y de que esa interdependencia se articula cotidianamente en tiempo real, a través de las nuevas tecnologías de información y comunicación, en un fenómeno que hemos denominado “Era de la información”. En este sentido, “la era de los laberintos interconectados” implica no sólo la pérdida de centro, sino la búsqueda de lo global, del círculo, de la conexión absoluta. Desde esta perspectiva, la mundialización como término, y la mundialización de la información en particular, tenía el problema de que, como dirá Wolton, “no es sino el reflejo de un modelo político y cultural, el de Occidente. Son las condiciones de recepción, es decir las culturas, quienes hacen la diferencia”. Pensemos que hoy, al hablar de globalización, hablamos también de sus efectos colaterales. Gracias a la mundialización de la comunicación se hacen todavía más visibles los daños de la

“globalización económica” (Wolton 1999:269). Desde esta perspectiva, hablar de globalismo o mundialismo sólo reduce el carácter económico o comunicacional, haciendo que se privilegie a través de la indeterminación espacial, el carácter dimensional. Por lo tanto, global – que no circular –, implica una economía de periferia, donde si bien el núcleo se ve afectado por ella, no participa en sus decisiones. Podemos pensar entonces que si bien el mensaje es global, su origen no lo es. Es un mensaje procedente de determinados lugares: Europa, EEUU, Japón... Algunos autores creen así que, frente a la censura, se ha instalado la forma de control a través del multimensaje. Haciendo lo visible opaco. De esta forma, aunque pasemos de la unidireccionalidad a la multidireccionalidad, la información no garantizará la comunicación.

1. ESPACIOS Y LUGARES: LA ESPACIALIDAD

“El espacio no necesita ser hablado para significar”, dirá Greimas. El espacio significa, y será a través de la espacialidad como se produzca ese proceso de significación. El espacio tiene un uso, y unos valores de intercambio. Yvette Marin (1996: 70) definirá el espacio “no sólo como indicador sino también como origen de las relaciones sociales”. El espacio es concebido así como mediador o mediatizador –podríamos hablar de la *espaciología*–, puesto que, como nos recuerda Bodei (2005), los “mundos pequeños” se acaban. Recordemos, en cualquier caso, que la presencia de un médium no modifica de por sí una de las condiciones generales de la constitución del espacio: la relación entre una instancia subjetiva y el mundo (Pozzato 2000: 1). Así percibimos que para que haya espacio, es necesario que haya una capacidad de movimiento; si no, no podemos hablar de espacio. Por ello, donde termina la capacidad de movimiento terminaría el espacio. El lugar frente al espacio tiene una connotación de pertenencia, dada a través de su nominación. Dándoles un nombre, una estabilidad, creamos lugares que antes eran espacios, produciéndose la identificación de territorio con lugar. Vemos entonces cómo el espacio se ocupa y los lugares se habitan. El espacio, gracias a esta indefinición, tiene una concepción más abstracta, que le conceden connotaciones temporales. El lugar siempre será definido por oposición, ya sea a un espacio o a otro lugar... Sin embargo, en su plural, espacio es sinónimo de lugar, al delimitar y captar. En este sentido, Internet no es un lugar, es un espacio que deviene un *inespacio*.

Por otra parte, debemos recordar que hablar de espacios públicos y privados significar retomar sus orígenes en la *polis*, donde el que habla tiene que tener autoridad. Sin embargo, en la actualidad, la definición de espacio público y privado no es estática. Podemos pensar en cómo se han privatizado las creencias o en cómo se ha invertido el concepto de público y privado a la hora de dar nuestro número del teléfono móvil. En el inicio eran considerados como privados, ahora son perfectamente públicos. Por el contrario, será el teléfono de casa el que se convierta en integrante del espacio privado. Internet, en este sentido, puede ser concebido como un espacio público en su definición

glocal. Donde el espacio personal sería el local y el espacio privado, el físico-pasional. En cualquier caso, la trascendencia del espacio nos llevará a hablar de la espacialidad. La espacialidad hace referencia a “un espacio común a todos los espacios definibles”. Debemos entenderla, así, como sistematicidad, frente a la temporalidad entendida como proceso y constructividad. Al respecto, Maria Pia Pozzato (2000: 6) defiende que no se puede estudiar la espacialidad como si fuera una cosa en la cual los textos dan una representación. Sería entonces necesario hablar de procesos de espacialización o, incluso mejor, de lo espacializable. De esta forma, cada situación-texto tendría un espacio específico, que deriva de las operaciones del sujeto que lo enuncia habitándolo. Marrone (2001) dirá al respecto: “el sujeto que entra en relación con el espacio tiene un cuerpo, pero este cuerpo es siempre inmediatamente social” (Marrone 2001: 304). Por lo tanto, y frente a este espacio corporal, surge el espacio social del ciberespacio.

2. FRONTERAS. MAPA Y TERRITORIO

Sabemos que no hay espacialidad que no organice la determinación de fronteras (De Certeau 2000: 135) y que el origen de la frontera se sitúa en el movimiento. En la cultura latina la frontera distinguía lo sagrado de lo profano. “Sin frontera no podía existir ni civitas ni cultura” (Bayardo y Lacarrieu 1999: 76-95), por lo que César llegó a afirmar: “La más grande gloria del Imperio es hacer de sus fronteras un vasto desierto”. Desde una perspectiva semiótica, las fronteras separan los sectores de diferente codificación (Lotman 1996: 103). Por lo tanto, si la función de toda frontera es limitar la penetración de lo externo en lo interno, filtrarlo y elaborarlo adaptativamente, se producirá una estructuración del espacio externo a través de la misma (Lotman 1998: 35). Las fronteras tendrán también otra función en la semiosfera, y no es otra que el dominio de procesos semióticos acelerados que siempre transcurren más activamente en la periferia, para dirigirse hacia el interior (Lotman 1996: 29). Señalemos, como hace Cohen (1985) que “las fronteras son relacionales más que absolutas” (Cohen 1985: 58). De este modo, y si bien es cierto que la pertenencia es adquirida a través del espacio, no es menos cierto que la omisión consciente de las fronteras hace de los espacios, lugares no necesariamente presenciales. En este sentido, la complejidad de Internet es que su carácter de inespacio hace que sea difícil establecer los mapas de representación del mismo. Recordemos que los mapas son representativos de algún “territorio” y se utilizan para hacer distinciones en el mismo. ¿Podemos decir de Internet que no tiene territorios? Está claro que el problema de Internet es establecer los territorios que lo definen, puesto que su movilidad hace que los procedimientos de representación topográficos no sean válidos para su descripción. Señalemos entonces que la nueva redefinición de las categorías espaciales nos lleva a pensar en la necesidad de construir tanto nuevos mapas (también mapas temporales) como nuevas coordenadas espaciales. Esto nos lleva a hablar de Territorios Fijos (China), Móviles, Virtuales, No Territorios...

3. EL LABERINTO EN LA SOCIEDAD RED: TECNOUTOPÍAS

Todo territorio tiene su recorrido. El recorrido implica, así, no sólo una disposición lineal y ordenada de los elementos entre los que se efectúa, sino también una perspectiva dinámica que sugiere una progresión de un punto a otro, gracias a instancias intermedias (Greimas y Courtés 1982). Vemos así cómo, y al igual que un texto, el recorrido tiene una orientación. Floch (1991) nos recuerda cómo el recorrido orientado de la mirada, propuesto por la lectura de la página de un diario, se identifica con el privilegio concedido a la horizontalidad, “así como a la creación de tensión de este eje, de izquierda a derecha en nuestra cultura”. Es importante, en este sentido, señalar cómo desde otras culturas se aboga por la creación de “otro Internet” donde no predomine nuestro recorrido de lectura de izquierda a derecha ni nuestro sistema alfabético. Por otra parte, y si pensamos en Internet como un espacio sin territorio, diremos que estará compuesto por un laberinto interconectado. El laberinto es así entendido como metáfora que revela la pérdida de un centro. Al respecto, Umberto Eco (1987: 8-27) distinguirá: el laberinto de Teseo: se entra por un lado y se sale por el otro, imposible equivocarse; los clásicos, como el del minotauro, que conducen sin errores al centro, donde está el monstruo; los barrocos, que tienen vías muertas y caminos sin salida; y los modernos, “rizomas” (hipertextos), donde todos sus espacios se interconectan. El laberinto semiótico de Eco es semejante a una galaxia en movimiento, nunca posible de cartografiar en su totalidad. “En esto se acerca a la imagen de semiosfera de Lotman”, dirá Mangieri (2000: 193). Pero los laberintos actuales se refieren también a la acumulación y la transmisión de conocimientos, a la sobreinformación y el rizoma.

Por otra parte, junto al laberinto surge la noción de tecnoutopía. Al respecto, recordemos que “un mapa que no incluya Utopía no merece la pena llamarlo mapa”, dirá O. Wilde. La utopía siempre ha estado unida a la idea de viaje, concebido como la negación del mundo y de sus conflictos, capaz de ofrecer a los hombres una visión de una sociedad perfecta envuelta por un condicional impreciso (Servier 1967: 364). Sin embargo, en la actualidad existe una tendencia hacia la subjetivización de las utopías. Louis Marin (1995: 1) sostendrá que la utopía es el grado cero de la síntesis dialéctica de los contrarios. La utopía es concebida por Marin como algo irrealizable en el momento de su formulación, como aquel discurso que funciona como un esquema de la imaginación, como una figura textual que presenta una solución imaginaria de las contradicciones. Al respecto, y si pensamos en Internet, una de las más grandes ventajas de los medios digitales es que el aumento de información no implica aumento de espacio (Aguirre 1999). Por lo tanto, la utopía actual, por un lado, es en potencia un lugar, que se caracteriza por la no visibilidad; no la podemos ver aunque sí percibir, de ahí la subjetivización de la misma. Esto puede explicar cómo el vacío de utopías que atraviesa el ámbito de la política se ve llenado en los últimos años por un cúmulo de utopías provenientes del campo de la tecnología y la comunicación (Barbero 2001: 86). Pero, a lo largo del siglo XX surgió otra noción de utopía: la del aquí y ahora, que podríamos equipararla a la noción de autopía.

3. EL LABERINTO EN LA SOCIEDAD RED: TECNOUTOPÍAS

Todo territorio tiene su recorrido. El recorrido implica, así, no sólo una disposición lineal y ordenada de los elementos entre los que se efectúa, sino también una perspectiva dinámica que sugiere una progresión de un punto a otro, gracias a instancias intermedias (Greimas y Courtés 1982). Vemos así cómo, y al igual que un texto, el recorrido tiene una orientación. Floch (1991) nos recuerda cómo el recorrido orientado de la mirada, propuesto por la lectura de la página de un diario, se identifica con el privilegio concedido a la horizontalidad, “así como a la creación de tensión de este eje, de izquierda a derecha en nuestra cultura”. Es importante, en este sentido, señalar cómo desde otras culturas se aboga por la creación de “otro Internet” donde no predomine nuestro recorrido de lectura de izquierda a derecha ni nuestro sistema alfabético. Por otra parte, y si pensamos en Internet como un espacio sin territorio, diremos que estará compuesto por un laberinto interconectado. El laberinto es así entendido como metáfora que revela la pérdida de un centro. Al respecto, Umberto Eco (1987: 8-27) distinguirá: el laberinto de Teseo: se entra por un lado y se sale por el otro, imposible equivocarse; los clásicos, como el del minotauro, que conducen sin errores al centro, donde está el monstruo; los barrocos, que tienen vías muertas y caminos sin salida; y los modernos, “rizomas” (hipertextos), donde todos sus espacios se interconectan. El laberinto semiótico de Eco es semejante a una galaxia en movimiento, nunca posible de cartografiar en su totalidad. “En esto se acerca a la imagen de semiosfera de Lotman”, dirá Mangieri (2000: 193). Pero los laberintos actuales se refieren también a la acumulación y la transmisión de conocimientos, a la sobreinformación y el rizoma.

Por otra parte, junto al laberinto surge la noción de tecnoutopía. Al respecto, recordemos que “un mapa que no incluya Utopía no merece la pena llamarlo mapa”, dirá O. Wilde. La utopía siempre ha estado unida a la idea de viaje, concebido como la negación del mundo y de sus conflictos, capaz de ofrecer a los hombres una visión de una sociedad perfecta envuelta por un condicional impreciso (Servier 1967: 364). Sin embargo, en la actualidad existe una tendencia hacia la subjetivización de las utopías. Louis Marin (1995: 1) sostendrá que la utopía es el grado cero de la síntesis dialéctica de los contrarios. La utopía es concebida por Marin como algo irrealizable en el momento de su formulación, como aquel discurso que funciona como un esquema de la imaginación, como una figura textual que presenta una solución imaginaria de las contradicciones. Al respecto, y si pensamos en Internet, una de las más grandes ventajas de los medios digitales es que el aumento de información no implica aumento de espacio (Aguirre 1999). Por lo tanto, la utopía actual, por un lado, es en potencia un lugar, que se caracteriza por la no visibilidad; no la podemos ver aunque sí percibir, de ahí la subjetivización de la misma. Esto puede explicar cómo el vacío de utopías que atraviesa el ámbito de la política se ve llenado en los últimos años por un cúmulo de utopías provenientes del campo de la tecnología y la comunicación (Barbero 2001: 86). Pero, a lo largo del siglo XX surgió otra noción de utopía: la del aquí y ahora, que podríamos equipararla a la noción de autopía.

4. ¿FRONTERAS TECNOLÓGICAS?

En Internet podemos distinguir las fronteras físicas de las fronteras virtuales, que son mediadas a través de unas fronteras tecnológicas, capaces de reducir el maniqueísmo fronterizo. En este sentido, Internet ha sido considerado como una no-frontera, un no-lugar, además de ágora electrónica. Sin embargo, el problema en hacer esta interrelación es que, dependiendo del tipo de frontera al que nos refiramos, tendremos la necesidad mencionar el horizonte que lo recorre y lo domina; por ejemplo: China, ¿dónde se encuentra el horizonte en Internet? En el territorio y en la lengua, principalmente, y no en la frontera. Recordemos que el horizonte es aquello que cada vez que me acerco a él, está más lejos (Noel 1983: 154). Al contrario del horizonte, en Internet hablamos de fronteras redes, de fronteras araña, con similares procesos de captura. De esta forma, podemos entender cómo las fronteras no son sólo movibles, sino que en esas zonas de contacto es precisamente donde se juega con la creación de diferentes sentidos. Al respecto, Augé (1998) se refiere al exceso de espacio, que es “correlativo del achicamiento del planeta”. Su explicación fue anticipada por Meyrowitz (1985) cuando al referirse al siglo XX afirmó que no había habido una verdadera conquista espacial, sino solamente una conquista del “tiempo de paso”. Por otra parte, vemos cómo Internet permite, gracias a la serialidad de los contenidos, como los boletines diarios de noticias, exclusivizar su información. De esta forma, puede transmitir más confianza que la televisión porque transmite una mayor sensación de comunicación, además de asociarse a la idea de que la distancia permite la libertad. Tú eliges tu información, porque “no creemos en la sinceridad de la comunicación a gran escala”, dirá Wolton (2000: 45). Pero el problema es reconocer de dónde proviene el mito de un “sistema de informaciones infinito y gratuito, independiente del poder, las mentiras y los errores”. En este sentido, no debemos olvidar que hay un límite para toda comunicación, pese a la accesibilidad instantánea de todos los lugares y todos los espacios (Castro Nogueira 1997: 77). En Internet, como en todo, primero conquistamos para después darnos cuenta de que no todo puede ser conquistado... Desde esta perspectiva, comunica informando; y ya sabemos que “iniciar uno mismo la comunicación crea una sensación de igualdad” (Wolton 1999: 247).

5. MARCO INTERACCIONAL Y FRONTERAS DEFENSIVAS

Como sabemos, las fronteras no serán problemas que se sitúen en el nivel de la diferencia lingüística, sino en el nivel de las valoraciones de esa diversidad (Fabbri 1995: 9). Por esta razón, en el sistema general de la cultura, y al hablar de textos, diremos que éstos cumplirán –por lo menos–, dos funciones básicas: la transmisión adecuada de los significados y la generación de nuevos sentidos (Lotman 1996: 94). Marrone (2001: 364), desde esta perspectiva, destacará “la eficacia simbólica de los espacios, en los cuales la articulación significativa de la espacialidad actúa sobre los cuerpos cogiéndolos y transformándolos, reprogramándolos...”. De esta forma, y en relación con el espacio que

define el texto, podemos distinguir entre el texto que se enuncia y el margen, donde encontramos las indicaciones pertinentes (Recanati 1981: 113-130). Acudiendo a la etimología de texto vemos cómo nos reenvía a *textus*, tejido, trama, una trama de hilos que se entrelazan. Según esta idea, es imposible leer sin asignar un determinado marco. El *frame* nos ayuda a ir con una predisposición concreta a los textos, indicándonos cómo ha de ser leído, y sabiendo que no se puede interpretar sin tener en cuenta las reglas propias del mismo. En este sentido, ¿cómo establecemos y configuramos la enmarcación en Internet? Recordemos que la ampliación del marco no tiene por qué suponer la creación de otro nuevo ni un cambio de sentido con respecto al anterior. La razón es que hablamos de mensajes universales, o más bien globales, con un mismo código, y que no necesitan traducción. En este sentido, Internet podría ser considerado el medio de comunicación que se sitúa al margen del texto, frente a los medios oficiales que se sitúan en el texto. ¿Y el teléfono móvil? El teléfono móvil sería el *tipex* tanto de la información oficial como de la información oficiosa (con sus variantes estéticas y de uniformidad). La ventaja de Internet es que, junto a la información oficial, aparecen multitud de voces que interpretan la letra pequeña del texto; mientras que el teléfono móvil se está convirtiendo en el modo de reclamar los abusos de esa letra pequeña —al menos en ciertas ocasiones.

Desde esta perspectiva, la carencia de espacios públicos multiplica la sensación de inseguridad en las grandes ciudades. Surge entonces la idea de la vuelta a la aldea. Pero en la ciudad es imposible que todos se conozcan, pero sí que todos puedan ser visibles. Concibiéndose así la posibilidad de “vecindarios globales y locales”, donde se establece la necesidad de ciertos regímenes de visibilidad que no de transparencia. Esto hace que hablemos de una Nueva Edad Media, ya que cada vez nos sentimos menos seguros en los territorios físicos, por lo que potenciamos los “espacios virtuales”. Como hemos podido percibir con las técnicas de *phishing*, la amenaza virtual —al ser menos instintiva— frente a la física, la conocemos peor y por lo tanto la tememos menos... Recuerda Fabbri (1995: 227) que el espacio físico y el espacio de la realidad pasional no son simétricos. El miedo, por ejemplo, aparece cuando una persona “se instala en el espacio en el que ya hay otra persona que se percibe como amenazadora”. Sin embargo, ¿dónde está el miedo en Internet? Al respecto, es necesario decir que para las pasiones, como para todo, hay umbrales de superación, de distancia; y cierto alejamiento espacial aumenta la capacidad de abstracción, y de superación; pero pasando de ese límite se paraliza la abstracción, haciendo que predominen los procesos intelectuales sobre los fenómenos anímicos o socializantes (Simmel 1986).

6. LA RELACIÓN ESPACIO-TIEMPO. LA FRONTERA INFORMACIONAL

Analizando la relación del espacio con el presente, habría que decir que quizás sea éste el único tiempo que podamos definir como espacio temporal. Así, podremos concebir la experiencia como una categoría espacial, unida a la memoria. Sin embar-

go, esto no es válido para aquellos espacios virtuales donde el tiempo es entendido como la cuarta dimensión del espacio o como la “materialización principal del tiempo en el espacio” (Bajtin 1989: 237-401). Pensemos en que se ha hablado de una verdadera colonización del presente por el o los futuros virtuales. Sin embargo, más bien parece que lo que se ha colonizado ha sido el tiempo irreversible, y que la nueva frontera está tanto en el espacio irreversible como en el tiempo reversible. Por lo tanto, podemos subrayar que el presente en Internet no es un espacio, es un tiempo; el tiempo de la simultaneidad. En esta sociedad acelerada, se establece así como principio hegemónico donde la información y su circulación adquieren su máxima expresión. Está claro, pues, que los medios “electrónicos” han roto la necesidad de una presencia física como condición necesaria para percibir “la experiencia de primera mano”. Antes era más fácil separar las esferas entre adultos y niños (Meyrowitz 1985: 7). Aquí, como en la aldea, todo el mundo opina. La democratización supone la posibilidad, por parte de todos, de predecir más que de decir. Desde esta perspectiva, vemos como las respuestas colectivas de mayor trascendencia están apareciendo en torno a las llamadas “multitudes inteligentes”. De Kerckhove –quien distingue tres eras: una analógica, una digital y una inalámbrica–, nos recuerda que los satélites, y no las fronteras nacionales, gobiernan las configuraciones geográficas (1999: 241).

Por otra parte, y continuando con esta comprensión del planeta, autores como Ianni (1996:3) se preguntarán si “el globo ha dejado de ser una figura astronómica para adquirir plenamente significación histórica”. Sin embargo, puede que sea cierto que en Internet existan posibles identidades múltiples y simultáneas, pero nunca dejan de serlo las pasionales. Diremos que la respuesta pasará entonces por distinguir entre identidad y pertenencia como primera premisa para establecer el equilibrio de estos flujos emocionales y racionales. En esta misma línea, Canclini apunta a que “si el mensaje se globaliza se globalizan las fronteras” y empezamos a hablar de un nomadismo cultural, donde las fronteras son cada vez más interiores. De esta forma, en la medida en que el mundo se hace cada vez más pequeño, las consecuencias de nuestros actos se harán cada vez más grandes. Esto nos permite pensar en la necesidad de crear una nueva cultura de la frontera. Recondo (1999) defenderá el paso de la frontera-muro a la frontera-puente, mientras que García Canclini abogará por las fronteras móviles. Recordemos entonces que “todas las personas están en cierta medida, permanentemente en tránsito... No tanto ‘¿de dónde vienes?’, sino ‘¿entre dónde estás?’” (Clifford 1992: 109). De esta forma, el nacionalismo de Internet se configura en torno a sus correspondientes diásporas. En este sentido, la nomadicidad –contrariamente a lo que podamos pensar– implica que en todo momento y lugar el sistema sabe quiénes somos, dónde nos encontramos y qué servicios necesitamos (Kleinrock 1996). Por lo tanto, si bien Internet, el medio inteligente –en palabras de Octavio Islas (2000)–, ha modificado nuestra relación con el espacio y el tiempo en un nivel tanto comunicativo como experiencial (no olvidemos que se habla de una Sociedad

de la Ubicuidad), mi hipótesis final es que mucho más lo ha hecho y lo hará el móvil, entendido como una extensión corporal con heteronomía inteligente; quizá podamos pensar que estamos en una Era dentro de una Era; en este caso en una Era Móvil, donde si el espacio define el presente, el tiempo define la comunicación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUIRRE, J. (1999) “Las fronteras de la Información en la Era digital”. Espéculo. UCM: http://www.ucm.es/info/especulo/numero12/era_digi.html
- AUGÉ, M. (1998) *Los no lugares*. Barcelona: Gedisa.
- BAJTIN, M. (1989) *Teoría y Estética de la Novela*. Madrid: Taurus.
- BAYARDO, R.; LACARRIEU, M.; MARTÍN BARBERO, J.; RECONDO, G. (1999) *La dinámica global/local*. Buenos Aires: Ciccus.
- BODEI, R. (2005) “El Malestar de la Democracia”, conferencia en la Universidad Complutense de Madrid.
- CASTRO NOGUEIRA, L. (1997) *La risa del espacio*. Madrid: Tecnos.
- CLIFFORD, J. (1992) *Travelling Cultures*. Nueva York: Routledge.
- COHEN, A. P. (1985) *The symbolic construction of community*. Londres: Routledge.
- DE CERTEAU, M. (2000) *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana.
- DE KERCKHOVE, D. (1999) *La piel de la cultura*. Barcelona: Gedisa.
- ECO, U. (1987) “La línea y el laberinto: las estructuras del pensamiento latino”, en *Revista Vuelta*, 18-27.
- FABBRI, P. (1995) *Tácticas de los Signos*. Barcelona: Gedisa.
- FLOCH, J. (1991) *Semiótica, marketing y comunicación*. Barcelona: Paidós.
- GREIMAS, A. J. y COURTÉS, J. (1982) *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Madrid: Gredos.
- IANNI, O. (1996) *Teorías de la Globalización*. México: Siglo XXI.
- ISLAS, O. (ed.) (2000) *Internet. El medio Inteligente*. México: CECSA.
- LOTMAN, J. (1996 y 1999) *La semiosfera. Semiótica de la cultura y del texto*. Vol. I y II. Valencia: Cátedra.
- MANGIERI, R. (2000) *Las fronteras del texto*. Murcia: Univ. de Murcia.
- MARIN, L. (1995) *Utópicas: juegos de espacios*. Madrid: Siglo XXI.
- MARIN, Y. (1996): *L’espace urbain européen*. París : Presses Universitaires franc-comtoises.
- MARRONE, G. (2001) *Corpi Sociali*. Turín: Einaudi.
- MEYROWITZ, J. (1985) *No sense of place*. Nueva York: Oxford UP.
- O’DONNELL, J. (2000) *Avatares de la palabra*. Barcelona: Paidós.
- POZZATO, M. P. (ed.) (2000) *Linea a Belgrado, la rappresentazione della guerra nei TG italiani*. Roma: Eri.
- RECANATI, F. (1981) *La transparencia y la enunciación*. Buenos Aires: Hachette.
- SERVIER, J. (1967) *Histoire de l’utopie*. París: Gallimard.
- SIMMEL, G. (1986) *Estudios sobre las formas de socialización*. Madrid: Alianza.
- WOLTON, D. (1999) *Sobre la comunicación*. Madrid: Acento.
- _____ (2000) *Internet ¿Y después?* Barcelona: Gedisa.